

REG

2/2022 (3) NOVIEMBRE - DICIEMBRE

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA
DE ESTUDIOS
GLOBALES
ANÁLISIS HISTÓRICO
Y CAMBIO SOCIAL

SUMARIO

ARTÍCULOS

CRISTÓBAL KAY	André Gunder Frank: «Unidad en la Diversidad» del Desarrollo del Subdesarrollo al Sistema Mundo	7
CARLES SORIANO CLEMENTE	La crisis sistémica y la crisis planetaria a la luz de la tasa decreciente de ganancia	25
H. C. F. MANSILLA	Los ensayos de actualización del marxismo y el peligro de justificar una tecnocracia autoritaria	49
RICHARD D. WOLFF	Inflación, Economía de Mercado y Guerra de Clases	71
RONALDO MUNCK	Sociología Global: Hacia un Paradigma Alternativo desde el Sur	83
ENRIQUE FERNÁNDEZ-VILAS	El «Populist Zeitgeist»: Un Acercamiento a Cas Mudde y la Derecha Radical Populista	107
JOSÉ M ^a GARCÍA MARTÍNEZ	Systemic Metamorphosis in the 21st century	121

Sociología Global: Hacia un Paradigma Alternativo desde el Sur

Ronaldo Munck

Dublin City University

República de Irlanda

Resumen: En el proyecto para (re)construir una sociología global no hay un paradigma acordado, ni siquiera una comprensión compartida de las principales cuestiones que serían necesarias para lograr un nuevo modelo robusto y creíble. Lo que intentaré aquí es únicamente clarificar los términos del debate para determinar cómo deberíamos perseguir con convicción la búsqueda de este paradigma alternativo. En primer lugar, abordo la «gran cuestión» de una sociología global basada en los supuestos de la teoría de la globalización que, en general, adolece de economismo desde mi punto de vista. Posteriormente, presento una perspectiva postcolonial que plantea una división fundamental entre el Sur y el Norte global, una iniciativa que encuentro marcada por un cierto culturalismo. Adicionalmente, ofrezco elementos para un enfoque alternativo hacia un nuevo modelo basado en una comprensión de la complejidad, el desarrollo desigual y las políticas de escala. Una breve digresión latinoamericana al final del artículo tiene el propósito de realizar una aportación al debate general sobre una nueva sociología global que podría desarrollarse a través de una perspectiva crítica desde el Sur y un enfoque en la economía política cultural.

Palabras clave: Sociología Global, Poscolonialismo, Sociología Crítica, América Latina, Desigualdad, Emancipación.

Global Sociology: Towards an Alternative Southern Paradigm

Abstract: The project to (re)construct a global sociology is one where there is no agreed paradigm or even a shared understanding of the main issues that would be needed to secure a new robust and credible paradigm. What I seek to do here is to simply clarify the terms of the debate so as to establish whether we might pursue the quest for an alternative paradigm with some conviction. I first consider the 'strong case' for a global sociology based on the assumptions of globalisation theory which, overall, seems to suffer from economism in my view. Next I present a postcolonial perspective which posits a fundamental division between the global South and the North, an enterprise I find to be marked by a certain culturalism. I then present elements for an alternative approach towards a new paradigm based on an understanding of complexity, uneven development and the politics of scale. A brief Latin American excursus at the end seeks to provide some texture to the overall argument that a new global sociology could develop through a critical Southern lens and a focus on cultural political economy.

Keywords: Global Sociology, Postcolonialism, Critical Sociology, Latin America, Inequality, Emancipation.

Introducción: ¿Qué es lo que está en juego?

Cualquier esfuerzo para deconstruir la misión de crear una sociología global será inevitablemente parcial en términos de lo que queda incluido y lo que no en su narrativa. Por lo tanto, no abogo por la inclusividad, ni siquiera por la imparcialidad, dada la amplitud y la naturaleza en disputa del terreno teórico–político. Pero lo que está claro desde el principio es que la sociología global está de vuelta en el debate, en particular por la Asociación de Sociología Internacional (Patel, 2010) que ahora reconoce los sesgos etnocéntricos en la disciplina y las jerarquías geográficas que han sido formadas y consolidadas. Michael Burawoy, en particular, insiste en la necesidad de reconstruir la sociología global desde abajo, encontrando un lenguaje común entre las diferentes sociologías que aborde los problemas comunes provocados por la globalización (Burawoy, 2008). Para Sujata Patel, es necesario ir más allá de las teorías sociológicas para examinar los marcos eurocéntricos que gobiernan el conocimiento sociológico a través de los planes de estudios y las revistas académicas (Patel, 2014). Estos discursos emergentes muestran que la disciplina académica está ganando alguna reflexividad respecto a sus raíces eurocéntricas y su visión del mundo: no obstante, bajo mi punto de vista, lo hace sin ofrecer un paradigma alternativo. El esfuerzo reciente más ambicioso a este respecto es la reconstrucción de la teoría sociológica por Gurminder Bhambra quien concluye que «la sociología global [...] está mejor servida por una sociología de conexiones que considere seriamente las historias de interconexión que han permitido que el mundo emerja como un espacio global [...] cualquier nueva comprensión de lo global no puede limitarse a ser una reivindicación, sino que debe ser argumentada en términos de cómo abordar las deficiencias y limitaciones de comprensiones previas y cómo permite percepciones más productivas para el futuro» (Bhambra, 2014: 155). Este es un buen punto de partida para nosotros.

La sociología también se ha comprometido con lo que podríamos llamar la sociología del sistema mundial, siendo Immanuel Wallerstein quien más ha alentado el enfoque del sistema–mundo (Wallerstein 1979, 2004). Esta obra de investigación de amplio espectro sin duda ha traído a la historia de vuelta a la teoría social y a la investigación, sensibilizándonos acerca de la importancia de los patrones y procesos sociales de larga escala. Mostró a los sociólogos del Norte que el desarrollo y el subdesarrollo eran dos caras de la misma moneda. Pero era en cierto modo funcionalista en su marco teórico subyacente, particularmente en relación con el trabajo, donde diferentes regímenes laborales eran vistos como el resultado directo de diferentes formas de incorporación en la economía mundial. Además, es un paradigma que nunca fue más allá del estado–nación y del estatocentrismo y por tanto no está equipado para tratar con la era de la globalización (Robinson, 2011). Recientemente, la sociología se ha ocupado de la epistemología de lo global a través del trabajo de Raewyn Connell, particularmente la «Southern Theory» (Connell, 2007) que persiguió una audaz historia de filosofías mundiales y teorías sociológicas, dejando claramente expuesto el falso universalismo de la teoría social contemporánea (Philipps, 1992) así como las limitaciones de la «etnosociología de la metrópoli».

Considerando el objetivo de (re)construir una sociología global adecuada a los propósitos de hoy, de todos modos, todavía hay trabajo que hacer. Un canon reconstruido de los clásicos de la sociología es un paso necesario, pero no suficiente en este proceso: necesitamos mirar hacia los conceptos explicativos e interpretativos entre rangos indispensables para analizar nuestro mundo globalizado con éstos (Reed, 2013).

Las perspectivas para una nueva sociología global necesitan ser consideradas seriamente ya que está en juego la misma naturaleza de la sociología. La narrativa convencional –compartida por discursos conservadores y progresistas por igual– contempla a la sociología surgiendo en Europa de las disrupciones gemelas de la Revolución Industrial y la Revolución Francesa. Como indica Göran Therborn, «la sociología emergió como un nuevo enfoque político después de la conmoción de la Revolución Francesa. Se desarrolló y quedó definitivamente establecida como un intento de abordar los problemas sociales, morales y culturales del orden económico capitalista» (Therborn, 1976: 143). Políticamente, la sociología se da a conocer entre la revolución burguesa o democrática y la revolución proletaria o socialista (1917). La cuestión del colonialismo, o incluso de un mundo más allá de Europa, simplemente no surgió o, cuando apareció, era vista como perteneciente al dominio de la antropología.

La sociología, como el movimiento obrero, nació con el estado–nación; de ahí que todavía tengamos «sociologías nacionales» a pesar de todas las críticas de «nacionalismo metodológico». En la segunda mitad del siglo XIX y los inicios del siglo XX, los «padres fundadores» –Comte, Marx, Spencer, Durkheim y Weber–, no obstante, en formas muy diferentes, articularon una «ciencia de la sociedad» examinando las pautas de la vida y el cambio sociales a través de la perspectiva del problema del «orden», en lo que parecía un periodo caótico de industrialización y urbanización. Las consecuencias políticas de la Primera Guerra Mundial –que desintegró el internacionalismo del primer movimiento socialista transnacional– también dieron comienzo al proceso de creación de sociologías nacionales particulares. Los centros claves estaban todos en el Atlántico Norte: las sociologías francesa, alemana, británica y estadounidense estaban a la vanguardia. El modelo estadounidense en particular comenzó una tradición de implicarse con lo que la sociología contempló como «problemas sociales», por ejemplo, la adaptación de los hombres y las mujeres migrantes, las pautas de asentamiento urbano y las relaciones industriales.

De modo que, en dirección hacia una nueva «sociología global» podríamos, quizás de una forma bastante natural, seguir el camino trazado por la teoría de la globalización en la década de 1990. El aumento de las movilidades globales y el crecimiento evidente de las interconexiones mundiales animó a la sociología a salir de sus búnkeres nacionales. Desde la década de 1960 ha existido una mayor conciencia de que el mundo puede ser concebido como un espacio único. La condición humana no puede ser sencillamente reducida al espacio nacional como si pensásemos que es una explicación que se basta a sí misma. La lógica y las dinámicas del sistema mundial fueron examinadas de cerca, en particular en la sociología del desarrollo, pero también en áreas como la sociología de la religión, donde un marco transnacional se consideraba esencial. La lógica subyacente

para gran parte de este giro global para la sociología recae, a mi juicio, en el análisis económico de la globalización, que fue tomado en gran medida al pie de la letra; de ahí, podríamos sostener, el posible peligro de economismo asociado con este paradigma.

El modelo previamente dominante que explicaba «qué es la sociología», quizás inesperadamente, ha sido bastante resistente y capaz de incorporar una variedad de desafíos al canon. La ruptura epistemológica planteada por el feminismo en la década de 1970 ha sido absorbida hasta cierto punto: el género es ahora una variable de investigación reconocida, pero no ha perturbado la narrativa dominante sobre el pensamiento sociológico. Gurminder Bhambra argumenta que la relación de la sociología con el poscolonialismo es mucho más problemática para su autocomprensión: «la revolución postcolonial [...] señala hacia lo que está ausente en la sociología: un compromiso con la diferencia que cambie lo que se pensaba inicialmente» (Bhambra, 2007: 880). Esta óptica podría inquietar a la relación escasamente analizada de la sociología con sus orígenes europeos y su comprensión de lo que es la modernidad. Si el giro poscolonial es, hasta cierto punto, confinado al dominio cultural está por verse, pero el culturalismo aparece aquí como un posible peligro.

Para evitar lo que he llamado la tendencia economicista de la teoría de la globalización fuerte y la tendencia culturalista inherente a muchas versiones de la teoría poscolonial, podríamos proponer un tercer camino hacia un nuevo paradigma sociológico global. Esta vía podría poner la complejidad en primer plano y ser una «vuelta a los orígenes», en términos de desarrollar una comprensión del desarrollo desigual y de las políticas de escala que necesitaríamos como piedras angulares para ubicar y desarrollar apropiadamente una nueva sociología global. Junto al género y la raza, lo que observo como las principales divisiones sociales globales, propondría situar el «lugar», entendido tanto en un sentido social (lo que solíamos llamar clase) como en un sentido geográfico. Mis ejemplos aquí procederán de mis propias investigaciones en América Latina durante el reciente periodo de turbulencias sociales y creatividad política en la región. Si tengo que sintetizar brevemente este enfoque sería como una perspectiva de economía política cultural.

¿Un mundo plano?

Desde la perspectiva del actual (des)orden global, es difícil imaginar una era en la que teorías como el «fin de la historia» (Fukuyama, 1992) y el «mundo plano» (Friedman, 2005) fueran consideradas seriamente como contribuciones al conocimiento. Sin embargo, con la caída del Muro de Berlín y la entrada en escena de la globalización en la década de 1990, estos términos establecieron el tono dominante de la época. Para Friedman, este nuevo y maravilloso «mundo plano» (en igualdad de condiciones) está caracterizado por un mercado global en el que las divisiones históricas y geográficas dejan de operar. Ganó el premio Goldman Sachs al Libro de Negocios del Año en 2005 (una empresa rescatada por el gobierno estadounidense en 2008). Su argumento es que la convergencia de los ordenadores (y los cables de fibra óptica) con el flujo sin restricciones del trabajo por

todo el globo permitió que emergiera este nuevo paisaje global. Podría ser incluso un mundo naturalmente pacífico, afirma Friedman, basándose en el engañoso fundamento de que no hay dos países que tengan una franquicia de McDonald's que hayan estado en algún momento en guerra entre sí.

Mientras *The World is Flat* recibió el crucial reconocimiento del mundo financiero, incluso durante ese periodo de euforia, voces más serenas expresaron precaución. Joseph Stiglitz (2006), tal vez como era de esperar, argumentó que mientras el mundo, de hecho, se había convertido en «más plano» en muchos aspectos, era menos «plano» (esto es, más desigual). Un artículo en la influyente revista estadounidense *Foreign Policy* argumentó convincentemente que «a pesar del discurso de un mundo nuevo y conectado donde la información, las ideas, el dinero y la gente pueden moverse por todo el planeta más rápido que nunca, solo una fracción de lo que consideramos globalización existe realmente» (Ghemawat, 2007). El dato sencillo era que el 90 por ciento del tráfico de Internet era todavía local. Sin embargo, el discurso del «mundo plano» siguió teniendo amplia capacidad de atracción y creando un alto grado de entusiasmo en todas partes sobre el mundo feliz que estaba emergiendo. La sociología no fue inmune al ambiente de la época.

En la sociología, el entusiasmo por la globalización fue quizás más prudente en su conjunto, pero claramente estaba emergiendo una fuerte percepción sobre la necesidad de una «sociología para un mundo» (Albrow 1996). En otras palabras, una sociología global pasó a ser la perspectiva esencial para un análisis crítico de la globalización y sus descontentos. En su libro de 1996 *The Global Age*, Martin Albrow ejemplificó el entusiasmo sociológico por los «Nuevos Tiempos», como fueron denominados por muchos ex-marxistas de la época. Básicamente, Albrow argumenta que hemos alcanzado el fin de la era de la modernidad y por tanto los conceptos de los «padres fundadores» ya no tienen ningún valor. «Teorizar la nueva era [global] implica entender la naturaleza de la novedad desarrollando conceptos [nuevos]» (Albrow, 1996: 77). Para la «nueva era», a la que él se refiere en términos bastante eufóricos, Albrow aboga por refundir las teorías del estado, la economía, la cultura y la comunidad, ahora descentradas y más allá del ámbito del estado-nación. Según esta perspectiva, con la separación de estado y nación, los gobiernos quedan reducidos a la función de administrar la nueva racionalidad global.

Otras voces como la de Leslie Sklair (Sklair, 2001; 2002) también han reclamado el terreno global, no obstante, elaborando una perspectiva política más crítica. Su declaración más trascendental fue que ahora somos testigos del surgimiento de una «clase capitalista transnacional» en un sentido sólido en términos de su formación social, conciencia y reproducción. Sin embargo, ha habido escasa confirmación de que esta clase exista realmente más allá de la imaginación del movimiento contra la globalización. Sin duda el texto más ambicioso de este género fue *Global Sociology* de Robin Cohen y Paul Kennedy (Cohen y Kennedy, 2000; 2013) que reclama una nueva sociología global a través de un excelente libro de texto de sociología. Los autores nos urgen a «pensar globalmente» y a romper con las «orientaciones nacionales» en sociología. Dan voz a muchos

sociólogos no metropolitanos y sólo por este hecho, debemos estar agradecidos. El libro aborda la clase y otras desigualdades, el poder corporativo y el crimen, la migración y el trabajo, la cultura y el entretenimiento, todos ellos conceptos sociológicos «estándar», desde una perspectiva firmemente globalista.

Soy incapaz de hacer justicia a esta vasta masa de textos de sociología global en tan breve espacio, pero quiero hacer algunas observaciones generales. El desplazamiento de una sociología «nacional» a una sociología «global» parece estar basado en las tempranas lecturas excesivamente entusiastas del impacto de la globalización en la economía, la política, la sociedad y la cultura. Parece haber poco razonamiento «sociológico» *per se* que justifique las atrevidas afirmaciones sobre el impacto de la globalización por Albrow y Sklair en particular, con Cohen y Kennedy siendo de algún modo más prudentes en sus afirmaciones. Tampoco tengo claro qué procesos se afirma que sean «globales» aparte de los obvios, como el cambio climático y la migración laboral. Así pues, cabe interrogarse si la globalización es simplemente una «situación condicionante» –como solíamos decir en América Latina sobre la dependencia en la década de 1970– o su poder explicativo es mucho «más profundo» y, si es así, cuál es su relación con las otras escalas de actividad humana aparte de la «local», la cual se trata con bastante detalle en esta literatura.

Si se me permite ahora cambiar de enfoque, intentaré concretar un poco este debate discutiendo sobre mi propia área de interés, a saber, el trabajo y la globalización. En 1996 –de vuelta al Norte después de un periodo en Sudáfrica– me encontré con la considerable reconstrucción en tres volúmenes de Manuel Castells de la sociología como una iniciativa global (Castells, 1996; 1997), en una escala no vista desde Weber. Respecto al trabajo sus puntos de vista eran categóricos: «En su núcleo, el capital es global. Por lo general, el trabajo es local [...] El trabajo pierde su identidad colectiva, se vuelve cada vez más individualizado en sus capacidades [...] y proyectos» (Castells, 1996: 475). La relación capital–trabajo, situada en el núcleo del capitalismo, según Marx, ya no existía. Castells fue incluso más explícito en un volumen posterior de su trilogía donde se perdió que «el movimiento obrero parece haber sido históricamente superado [...] Los militantes obreros sin duda serán parte de una nueva dinámica social transformadora, estoy menos seguro de que los sindicatos lo hagan» (Castells, 1997: 360). Esencialmente, el «viejo» movimiento laboral estaba siendo descartado como un factor significativo en la nueva era de la globalización.

A finales de la década de 1990 y a principios de la década de 2000, gasté mucha energía en buscar cómo refutar esta perspectiva globalista, ya que pensaba que estaba basada en la euforia de la globalización y no en un análisis preciso de lo que estaba ocurriendo realmente en los diversos estratos del amplio movimiento obrero. No fue difícil mostrar que Castells había observado ciertas tendencias en algunas partes del mundo, considerándolas una nueva realidad social global (Munck, 1999; 2002). Los sindicatos –al nivel local, nacional y transnacional– empezaron a reestructurarse e incluso a expandirse después de la larga noche del capitalismo neoliberal. El teórico de los movimientos sociales (Castells) parecía incapaz de ver al trabajo y a sus organizaciones como un movimiento

social vivo, transformador y en constante cambio. En ese punto emergió una mini-industria de estudios en torno al nuevo contexto global de las acciones del trabajo (Silver, 2003, Bieler *et al.*, 2008; Stevis y Boswell, 2008) analizando los cambios forjados por la globalización y comprendiendo que la realidad social es compleja y cambiante, sin bailar al son de la tierra plana, y siempre abierta a las iniciativas de la agencia humana.

Hoy, reflexionando de forma retrospectiva acerca de los nuevos estudios internacionales sobre el trabajo y los (todavía) más novedosos estudios del trabajo global, observo ciertos problemas. En primer lugar, creo que había una tendencia a otorgar prioridad epistemológica y política al nivel global como si se creyese que el internacionalismo siempre triunfa sobre el nacionalismo y el localismo. Esta tendencia era más pronunciada en algunas versiones de esta problemática que en otras, por supuesto. En segundo lugar, creo que operamos con nuestra propia concepción bastante «plana» de la clase trabajadora y probablemente no se reconoció suficientemente la complejidad del mundo de los trabajadores y lo que Mezzadra denomina la necesidad de «globalizar el problema post-colonial» (Mezzadra, 2011: 163). La necesidad de provincializar Europa –incluso para entender mejor a Europa– es una tarea pendiente (Munck, 2013b).

Después de una revisión general de los temas y un todavía más somero examen de los nuevos estudios globales del trabajo, ¿cuáles son nuestras conclusiones? Podemos estar seguros de que el mundo no es plano. El papel del estado-nación ha sido redefinido, pero no aniquilado por la internacionalización enormemente acelerada de las relaciones sociales de producción y distribución. Las corporaciones transnacionales no están de algún modo elevándose «sin ataduras ni responsabilidades» sobre los estados-nación y convirtiéndose en una clase capitalista transnacional. En su «reconsideración» de la globalización, Nick Bisley sostiene que «la percepción de que los estados están siendo socavados por el poder disciplinario de los mercados globales y las firmas que los intimidan hasta la sumisión es infundada» (Bisley, 2007: 80). La globalización no ha creado un nuevo capitalismo modélico –la Gran Recesión de 2008–2009 es una abrumadora evidencia de este hecho– y una sociología crítica no puede estar basada en la suposición infundada de una «nueva era» donde los conceptos antiguos (o aquellos así juzgados) ya no tienen ningún valor.

El mundo por el que aboga la teoría de la globalización es un mundo extrañamente apolítico. La protesta se reserva para una esfera denominada «sociedad civil global» que equivale básicamente a organizaciones no gubernamentales del Norte y carece de cualquier comprensión de la naturaleza compleja y contestataria de la sociedad civil en el Sur global (Chandhoke, 2005; Munck, 2006). En esta esfera autorizada de educada oposición, las organizaciones del Norte buscan principalmente «representar» sectores de minoritarios de la sociedad con los poseedores del poder económico y político. Mientras tanto, la política «en las calles» aparece como una esfera desordenada retratada como una serie de fundamentalismos, xenofobia y populismos, atractivos para los elementos menos civilizados de la sociedad. Sin embargo, una rápida ojeada alrededor del mundo desde, por ejemplo, desde el colapso del modelo neoliberal en Argentina en 2001 hasta la

destrucción del modelo europeo en Grecia en 2015, muestra que es en las calles donde el futuro de la sociedad se está decidiendo y por tanto, donde una sociología crítica debería estar centrada.

Con el mercado autorregulado de la teoría neoliberal, la sociedad queda subordinada al sistema económico, planteándolo en términos de Polanyi. Sin embargo, el impacto de ese crudo capitalismo de mercado genera, de acuerdo con Polanyi, un contramovimiento social, algo de lo que hemos sido testigos con el ascenso del gran movimiento «contra-globalización» desde Seattle 1999 (Drainville, 2004; Munck, 2007). A mi juicio, podría ser una tarea para una sociología crítica analizar las diferentes facetas de este gran contramovimiento, en sus variantes «desde arriba» y «desde abajo», progresivas y reaccionarias, y no limitarse a aceptar explicaciones conformistas de las tendencias económicas en términos de «destino», como Pierre Bourdieu solía enfatizar. Específicamente, como sostiene Barry Smart, «es una de las tareas más importantes de la teoría social exponer tanto los frágiles fundamentos de semejante concepción de la vida económica como las dañinas consecuencias sociales que han seguido a la implementación de sus políticas» (Smart, 2003: 74). Podría ser razonable decir que la sociología global o, más bien, la sociología en todo el globo no ha tenido realmente éxito en esta misión, con el liderazgo siendo tomado a menudo por economistas críticos y geógrafos.

Si consideramos la «teoría de la globalización» como una afirmación sólida para una nueva sociología global, tendríamos que concluir que aún no ha sido establecido un nuevo paradigma. La crítica del «nacionalismo metodológico» (Wimmer y Schiller, 2002; Chernilo, 2011) es correcta y ninguna sociología crítica viable debería considerar el estado-nación como un «contenedor» natural y autosuficiente para las relaciones sociales. A pesar de sus exageraciones, la teoría de la globalización nos ha alertado de la creciente importancia de los flujos transnacionales y la interconectividad del mundo a nuestro alrededor. Desde mi perspectiva –y podría estar equivocado– el principal punto débil del intento de construir una sociología global es su persistente economicismo. Cuando todo está dicho y hecho, la nueva sociología global descansa implícitamente (si no explícitamente) en proyecciones económicas bastante dudosas que se derrumbaron con la Gran Recesión de 2008–2009. También podemos recordar el argumento de Alvin Gouldner durante la precedente «crisis de la sociología» de los años setenta: «la sociología es una disciplina que toma la economía y los supuestos económicos como dados» (Gouldner, 1970: 23). Sin duda, este es un factor que raras veces se toma en consideración; tal fue la obstinación general con la «revolución de la globalización» en la década de 1990 y más allá.

¿Un mundo dividido?

Tomando un derrotero diferente para entender el mundo a nuestro alrededor, sostendría abiertamente que hay tres formas principales de división social global: género, raza y lugar, teniendo esta última un aspecto social y espacial. Centrándonos en la última dimensión, podríamos comenzar reiterando la continua resistencia y la división cada vez más profunda entre el Norte y el Sur globales que se remonta a la era colonial. Contra

todas las explicaciones optimistas del «fin del Tercer Mundo», Giovanni Arrighi y colegas (Arrighi *et al.*, 2003) demostraron a principios de la década de 2000 la persistencia de la división Norte–Sur: La descolonización y la industrialización parcial en el Tercer Mundo durante las décadas de 1970 y 1980 no disminuyeron esa división dominante. Las jerarquías globales de riqueza tienen una tendencia a reproducirse a sí mismas a menos que los esfuerzos globales conscientes para corregirlas sean llevados a cabo de forma consistente en el espacio y en el tiempo.

Para descifrar la relativa importancia de las localizaciones sociales y espaciales, podemos examinar los datos recientes en desigualdades globales. Mientras que en el siglo diecinueve eran las divisiones sociales las que dominaban con relación a las oportunidades de vida, ahora, de acuerdo con la interpretación de los datos, es la localización geográfica. Como muestra Branko Milanović, a principios del siglo XXI, el coeficiente global de Gini de 65,4 puntos se descompone en 56,2 puntos (es decir, el 85 por ciento) debido a las diferencias en los ingresos medios de los países y solo 9,2 puntos Gini (es decir, el 15 por ciento) es atribuible a las divisiones de clase (Milanović, 2011: 7). Hoy, la desigualdad total entre los ciudadanos del mundo (ciertamente una preocupación crucial para una sociología global) es mayor de lo que era hace 150 años pero también ha cambiado en términos de causalidad: de una base mixta de lugar y clase a una abrumadora causalidad basada en el lugar. Este hecho brutal pero bastante simple podría señalarnos hacia la importancia de la migración, por ejemplo, y deja bien clara la importancia del lugar en determinar la desigualdad social.

Contra los partidarios de un «mundo plano», podemos señalar la perdurable importancia de las desigualdades sociales estructurales. La globalización –de manera bastante categórica– ha incrementado la desigualdad entre países y dentro de cada país desde 1990, especialmente si el caso especial de China es puesto entre paréntesis (Firebaugh, 2003). De hecho, según publicó el Banco Mundial en 2000, «la desigualdad de ingresos entre países ha aumentado intensamente en los últimos 40 años» (World Bank, 2000). Dentro de la sociología, la tendencia previa a reducir la desigualdad a una forma en cierto modo técnica de estratificación social, más que concebirla como basada en el poder sistémico y los desequilibrios de riqueza, ahora ha perdido fuerza. La desigualdad social, la exclusión social y la discriminación en base al género, la raza y el lugar (por ejemplo, en relación con la migración) son una característica constante y severa del capitalismo global en la actualidad (Romero y Margolis, 2005). La compleja articulación entre los aspectos frecuentemente conectados de la desigualdad está ahora siendo examinada y teorizada de modo sistemático por el enfoque de la interseccionalidad (Lutz *et al.*, 2011; Grzanka, 2014) que ha hecho avanzar enormemente nuestra comprensión de estos procesos y sus contradicciones, mostrando cómo los sistemas de opresión, dominación y discriminación necesitan ser examinados en sus puntos de encuentro, por así decirlo, y no como sistemas autónomos.

Uno de los principales contraargumentos político–intelectuales a la hipótesis del «mundo plano» puede ser derivado de la postura o epistemología postcolonial. El marco

poscolonial busca interrogar a la representación del Sur global a través de una deconstrucción de la relación entre el poder y el conocimiento. Vinculado más estrechamente con los estudios literarios y culturales, el poscolonialismo también puede relacionarse con la historia del anticolonialismo que creó el Tercer Mundo (McEwan, 2009). El principio básico es que la historia mundial –y por extensión, podríamos decir, una sociología global– fueron moldeadas por el proyecto colonial europeo y la esclavitud. Producir un conocimiento descolonizado que supere las limitaciones provincianas del eurocentrismo parece un objetivo que merece la pena para la nueva sociología global. Si no lo hacemos así –y el paradigma sociológico dominante claramente no lo ha hecho– entonces, francamente, somos cómplices en silenciar a los colonizados y esclavizados.

El asunto básico subyacente no es otro que el de la «colonialidad del poder» (Quijano, 2008) y del conocimiento. La sociología –en su variante dominante y en la mayoría de sus variantes críticas– está sujeta a una concepción de la modernidad que es plenamente europea en sus orígenes y en su interpretación de las políticas globales en la actualidad, con un «centro civilizado» y una periferia menos civilizada que en el mejor de los casos sólo podría ponerse al día con Europa. Mientras la sociología se ha comprometido con las «variedades de capitalismo» (Hall y Soskice, 2001; Coates, 2005) y las «modernidades múltiples» (Eisenstadt, 2000; Schmidt, 2006); sin embargo, como señala Arturo Escobar, «estas modernidades acaban siendo un reflejo de un orden social eurocéntrico, bajo la suposición de que la modernidad está ahora en todos lados, un hecho social ubicuo e ineludible» (Escobar, 2010: 37). Enfrentarse con la modernidad desde una perspectiva postcolonial es por lo tanto una precondition para la construcción de una nueva sociología global.

El poscolonialismo, para ser claros, no es una teoría del desarrollo. Para incorporar esta dimensión a una nueva sociología global, necesitaríamos regresar al paradigma de la dependencia que surgió en América Latina en la década de 1970 (Kay, 1989). A pesar de todos sus fallos teleológicos, su fracaso a la hora de tomar en cuenta la dimensión cultural y su reduccionismo político, fue una visión del Sur sobre el Sur, concibiendo la dependencia como la otra cara de la moneda del imperialismo. Desde una renovada perspectiva de la dependencia, podemos ver que el poscolonialismo no entiende realmente (o ni siquiera está interesado en entender) la naturaleza del capitalismo contemporáneo. Pese a las referencias ocasionales al imperialismo de Said, Bhabha y Spivak, estos autores no se centran en la desigualdad (tan central al enfoque de la dependencia), con su enfoque semiótico en la política. Las cuestiones culturales y figurativas son críticas para la sociología global pero también lo son la economía política del imperialismo y la desigualdad.

América Latina se ubica en cierto modo incómoda en el paradigma postcolonial y puede servir tanto para justificarlo como para desestabilizarlo. Hay un sólido argumento que hacer según el cual la «modernidad» como la conocemos (y la aceptamos como viene dada en sociología) no surge de la Ilustración europea sino, más bien, del encuentro colonial entre Europa y las Américas. La colonialidad del poder–conocimiento se consolida desde el siglo XVI en adelante, cuando el conocimiento local europeo se convierte

en hegemónico o universal. El resto del mundo es clasificado o, más bien, reclasificado a través de una gramática racial y de género. La modernidad y la racionalidad fueron definidas como un dominio puramente europeo mientras el resto del mundo era juzgado como primitivo e irracional. Por lo tanto, para Quijano, esta perspectiva binaria sobre el conocimiento «fue impuesta como globalmente hegemónica en la misma dirección que la expansión del dominio colonial europeo en todo el mundo» (Quijano, 2008: 190).

América Latina no encajó de manera perfecta en este esquema, y tampoco en la reciente perspectiva poscolonial. Con los países de la región logrando la independencia política a principios del siglo XIX, éstos no pueden ser metidos a presión en la tradición de los estudios literarios poscoloniales centrados en el subcontinente indio y en el África subsahariana después de la descolonización, tras la Segunda Guerra Mundial. Por lo tanto, América Latina está notablemente ausente de los primeros textos y prólogos sobre el poscolonialismo (Williams y Chrisman, 1994; Aschroft *et al.*, 1995; Ghandi, 1998). Hay un debate en América Latina acerca de si este «poscolonialismo» es en sí mismo parte de un colonialismo cultural que ve la «teoría» como un dominio metropolitano mientras que la «identidad» vive en la periferia. Sea como fuere, los debates latinoamericanos sobre la hibridez y la naturaleza de *bricolaje* de la sociedad pueden añadir complejidad y profundidad a una perspectiva postcolonial más amplia.

Dado que los estudios postcoloniales y de América Latina se centran ambos en la dimensión poder–conocimiento de la modernidad y el colonialismo, deberían entonces tener un diálogo fructífero. Para Fernando Coronil, «este marco mayor modifica las comprensiones dominantes de la historia moderna» (Coronil, 2008: 415). América Latina puede operar como una palanca para abrir un paradigma postcolonial basado en una región que ya era y siempre fue moderna, a pesar de la hibridez ahora reconocida como existente en el núcleo de la sociología global. La hibridez económica, política, social y cultural de América Latina nos lleva más allá de las oposiciones binarias Primer Mundo/Tercer Mundo o tradicional/moderno. La economía política cultural transnacional de la América Latina contemporánea con sus flujos de migrantes y dinero, y la densa red de imágenes e información que moldea nuestra comprensión de la región simplemente no permite la aplicación de modelos simplistas.

Es importante señalar que uno de los tres pensadores habitualmente citados como «fundadores» del poscolonialismo –léase Edward Said, Gayatri Spivak y Homi Bhabha– ha marcado algunas distancias con esta escuela. Así, Edward Said ha sostenido que «el poscolonialismo es realmente un nombre poco apropiado» y que él no «pertenece a esta escuela», en tanto que no reconoce suficientemente la persistencia del neocolonialismo y las «estructuras de la dependencia» (Said, 2002: 2). La propia tradición latinoamericana de pensamiento crítico se ha dedicado a la relación entre estas estructuras de dependencia y la esfera cultural. Por lo tanto, como Coronil señala hay que situarse en la dirección de compromisos creativos que «oscilen entre las historias locales y proyectos globales, los textos y sus contextos materiales, y las formaciones subjetivas y estructuras de dominación» (Coronil 2008: 415).

Lo que conservaría de la interpretación postcolonial de un «mundo dividido» podría ser su postura epistemológica con respecto a los límites del eurocentrismo desde una perspectiva de transformación social (Kapoor, 2008; Mignolo y Escobar, 2010). La globalización ha acentuado la comprensión de una modernidad de matiz europeo en la sociología (p. ej. Anthony Giddens) a pesar de la palabrería sobre des-territorialización, heterogeneidad y modernidades múltiples. Esta nueva modernidad global está moldeada en un mundo europeo y supedita otras historias y cosmovisiones. Pero, como escribe Arturo Escobar, «la unidad analítica apropiada para el análisis de la modernidad es modernidad/colonialidad; en suma, no hay modernidad sin colonialidad» (Escobar, 2010: 39). Los conocimientos subalternos desde el sur –en particular a lo largo de los países inclinados a la izquierda en América Latina– están ahora desafiando esa erradicación y esto debe ser una buena señal para una nueva sociología global crítica.

La perspectiva poscolonial –una visión desde el Sur– ha logrado un gran avance en décadas recientes, pero, probablemente, no ha alterado en esencia los paradigmas sociológicos dominantes. No hace mucho tiempo le preguntaron a Habermas en una entrevista publicada en la *New Left Review* si sus análisis eran relevantes para el Tercer Mundo y viceversa, y respondió sin convicción que «estoy tentado a decir no en ambos casos. Soy consciente del hecho de que esto es una visión eurocéntrica limitada. Preferiría no contestar esta pregunta» (Habermas, 1985: 104). Esto no es, por supuesto, sólo una debilidad personal, sino que refleja más bien el arraigado eurocentrismo de los paradigmas sociológicos dominantes. Dado que la perspectiva poscolonial es predominantemente influyente en los estudios culturales permite hasta cierto punto esta marginación en la mayor parte del pensamiento sociológico.

¿Un mundo complejo?

Las teorías del «mundo feliz» de la globalización sufrieron de un defecto abrumador: no entendieron ni reconocieron la complejidad del mundo moderno. Buscando llevarnos más allá del «nacionalismo metodológico», la teoría de la globalización creó un paradigma que busca explicar demasiado y termina por explicar muy poco en general. Necesitamos de un marco más apropiado para entender la era actual en lugar del análisis de un solo proceso de, digamos, mercados, redes o *Empire* para el caso. Hace ya algunos años, John Urry sugirió que la complejidad «podría ser el paradigma apropiado para una era caracterizada por el fin de las certidumbres» en tanto que «rechaza las dicotomías del determinismo y azar, así como las de naturaleza y sociedad, ser y devenir, inmovilidad y cambio» (Urry, 2003: 20, 22). La influyente Comisión Gulbenkian para la Reestructuración de las Ciencias Sociales (Wallerstein, 1996) ya hizo una propuesta como esta para las ciencias sociales en general, a pesar de que de manera extraña no mencionó el término globalización.

En esencia el mundo es tan complejo en sus operaciones que simplemente es incomprendible a través de ningún concepto simple, ni siquiera en las categorías sociológicas existentes, tal es la variabilidad y las interrelaciones entre los procesos que habitualmen-

te denominamos «globalización». Híbridos globales que escapan a una categorización fácil incluirían a Internet, las finanzas internacionales y la migración, por ejemplo. Estas cuestiones son extremadamente mudables y, como sostiene de nuevo John Urry, «operando a escalas espacio-temporales inmensamente diversas [las cuales] producen un salto cuántico en la amplitud y la complejidad de los sistemas que son analizados» (Urry, 2003: 15). Estos sistemas están siempre «próximos al caos» (piensen en la historia de la Gran Recesión de 2008–2009) y sencillamente no se ajustan a una explicación por los tradicionales marcos de conocimiento de las disciplinas científicas.

La compleja sociedad global en la que vivimos también se caracteriza por un desarrollo desigual y combinado; además, dadas las turbulencias políticas podríamos caracterizar a nuestra época en términos de «revolución permanente»; concepto comúnmente asociado a Trotsky, pero que de hecho fue un elemento integral del movimiento socialista teorizado en torno al último cambio de siglo (Day y Gaido, 2009). Sin duda, dada la complejidad del mundo contemporáneo, tal vez estos conceptos puedan extenderse demasiado y no arrojar luz sobre tantas realidades sociales, sin embargo, creo que deben ser elementos centrales de cualquier sociología con carácter global. La lógica del desarrollo desigual y combinado, siguiendo a Neil Smith, «deriva de las tendencias opuestas, inherentes en el capital hacia la diferenciación, pero igualación simultánea de los niveles y las condiciones de la producción» (Smith, 1984: xiii). La teoría de la dependencia en América Latina continuó esta lógica investigadora desde la década de 1960 en adelante, dada la ausencia de cualquier «perspectiva» del Sur en la mayoría de las teorías del imperialismo o del sistema mundial. Que el desarrollo capitalista sea desigual no es una afirmación novedosa: sin duda, diferentes países evolucionarán de formas distintas tanto cuantitativa como cualitativamente. Solo los defensores de un «flat world» lo cuestionarían. Donde se vuelve más interesante, y útil como herramienta analítica, es en la noción de que este proceso de desarrollo es «combinado» en la economía y la sociedad globales. En su impulso por expandir continuamente la acumulación, el capitalismo busca controlar y transformar el mundo entero a su imagen y semejanza. El mercado no iguala, sino que, más bien, polariza. En términos políticos, este enfoque permite un análisis más sutil del desarrollo y sus contradicciones internas entre regiones, entre la ciudad y el campo y las interrelaciones de procesos aparentemente dispares. Sin duda, en la era de la globalización, podría cumplir una función útil.

El desarrollo desigual pero también combinado tiene una dimensión espacial, además de una dimensión temporal. Contra las teorías lineales de la modernización, podemos plantear la noción de temporalidades diferenciales. Como Fernando Calderón y colegas afirman, «la modernidad en nuestros países es precisamente un tiempo nuevo, que contiene muchos tiempos» (Calderón *et al.*, 1996: 91). El desarrollo periférico tardío no ha estado gobernado por un tiempo histórico lineal basado en la sucesión ordenada de civilizaciones y modos de producción. Las temporalidades mezcladas que resultaron significaban que varios elementos de la sociedad estaban moviéndose a ritmos diferentes o, por decirlo de otra forma, crearon una formación social híbrida. La modernidad (o

modernización) era sólo un marco, ya que las formas económicas, políticas, sociales y culturales del desarrollo avanzaron a ritmos diferentes.

Partiendo de la concepción de Althusser del «tiempo diferencial» (Althusser y Balibar, 1970: 94) podemos entender la relativa autonomía de las historias y temporalidades específicas. Su colaborador Étienne Balibar siguió sosteniendo que «en la historia de las diferentes formaciones sociales hay una multiplicidad de «tiempos», cada uno contemporáneo de los demás» (Balibar, 1995: 108) los cuales a veces «cortocircuitan» y a través de una forma de sobre-determinación moldean la singularidad de la historia. Al contrario de lo que Walter Benjamin llamó «el tiempo vacío homogéneo» (Benjamin, 1969: 266), necesitamos, para una sociología global, una comprensión más compleja y con muchos más matices de las diferentes temporalidades. Como mínimo, nos permitirá romper con las nociones eurocéntricas lineales de modernidad y modernización.

El otro elemento esencial para una sociología global sería un reconocimiento más claro de las escalas de la actividad humana, hasta ahora reservada, al parecer, a la geografía (Delaney y Leitner, 1997; Moore, 2008). Las políticas de escala están íntimamente vinculadas a la espacialidad de la existencia humana. Estos espacios no están dados de antemano, tampoco existen en una jerarquía fija. Necesitamos romper con cualquier forma de espacio naturalmente dado y entenderlo como socialmente construido. Contra la noción de «jerarquías de escala» debemos tener cuidado con las tendencias recientes de situar el nivel global en una posición trascendente o, para el caso, actuar como si pensáramos que el nivel local es siempre más progresista por alguna razón. Ahora entendemos mucho mejor las características inherentemente espaciales de la política y la importancia de la agencia en la construcción social de la escala.

Una de las áreas donde los debates de la escala han producido pensamiento innovador ha sido en relación con los estudios del trabajo. Ahora entendemos mucho mejor la naturaleza «anidada» de la escala y cómo los trabajadores pueden organizarse en ciudades, a través de regiones o transnacionalmente en formas complejas. Como escribe Andrew Herod, «los trabajadores deben buscar producir espacio como una parte necesaria de su condición como agentes sociales y su capacidad para reproducirse a sí mismos socialmente» (Herod, 2001: 48). Los trabajadores también intervienen activamente en la dimensión espacial tanto como en la dimensión social. Las luchas de los trabajadores han sido conocidas por «saltar escalas», por ejemplo, cuando disputas locales «se vuelven globales» a través del sindicalismo u otras formas de solidaridad. Una nueva sociología global necesitará comprometerse con el rico debate en torno a las políticas de escala en geografía si va a ser exitosa en su misión (Hart, 2002; Webster *et al.*, 2008).

En conclusión, creo que no estamos todavía en posición de exponer un programa para una nueva sociología global. Lo que podríamos hacer es sugerir un movimiento más allá de la sociología como se la ha entendido tradicionalmente, para considerar perspectivas predisciplinarias y posdisciplinarias, como han sugerido Bob Jessop y Ngai-Ling Sum (Jessop y Sum, 2010). Una dirección posible siguiendo los «giros» culturales y de la complejidad podría ser el enfoque emergente de la economía política cultural (Sum y Jessop,

2014; Best y Paterson, 2010). Esta corriente, trastoca la falsa distinción entre política y economía en la que está basada la economía política y se protege de los inconvenientes de los estudios culturales. Una nueva sociología global podría necesitar comprometerse con la economía política cultural de nuestra era que es al mismo tiempo globalizada, compleja, desigual y marcada por el género y la raza.

Un prisma latinoamericano

América Latina no existe para proveer un laboratorio para la sociología global, por supuesto, pero sus dinámicas actuales y los paradigmas teóricos emergentes pueden iluminar los comentarios en cierto modo genéricos mencionados más arriba (Munck, 2013a). Lo que encontramos es que, incluso la pregunta aparentemente simple de dónde «ubicamos» América Latina globalmente, no puede enmendarse con ninguna respuesta no-compleja. ¿Es América Latina simplemente parte de una historia global de modernización que está sólo un poco a la zaga de otras áreas de asentamiento europeo como Canadá o Australia? ¿O es simplemente un área del «Tercer Mundo»? Incluso en términos de las jerarquías raciales globales siempre fue difícil situar a América Latina, a pesar de la caracterización racial de los «latinos» en Estados Unidos de América. América Latina está caracterizada por la hibridez, una región liminar ubicada en medio y entre el Norte y el Sur o entre el Este y el Oeste, por relacionarlo con el paradigma orientalista.

América Latina también ilustra cómo el desarrollo temporal funciona en la práctica. Desde los debates tempranos en torno a si la región estaba caracterizada por el «feudalismo» o el «capitalismo», nos hemos desplazado hacia una comprensión más compleja del desarrollo desigual pero también combinado. Un estado-nación como Brasil claramente no puede ser visto como un país del «Tercer Mundo», pero tampoco está caracterizado por la igualdad y el desarrollo estable. De la literatura desde la década de 1960, y del «realismo mágico» en particular, tenemos un firme sentido de lo que las «temporalidades mezcladas» significan en la práctica. Lo premoderno y lo posmoderno coexisten y el tiempo no puede ser visto en términos lineales simplistas. Los proyectos actuales para recuperar las cosmovisiones Amerindias previas a la conquista y los modos de producción comunales no son sino un producto de esta característica.

La región también puede ser interrogada de manera provechosa a través del enfoque de las políticas de escala. Si abordamos el problema de la migración nacional y transnacional, por ejemplo, vemos lo compleja que es la relación entre los niveles locales, nacionales y globales. En términos de lo que llamamos globalización –en América Latina mejor caracterizada como el periodo de mercado desregulado del Consenso de Washington– también vemos cómo las respuestas de la sociedad y en la política son muy difíciles de caracterizar desde una perspectiva ontológica plana. Por eso tenemos las aspiraciones continentales articuladas por el difunto presidente de Venezuela Hugo Chávez, coexistiendo con intensos movimientos localizados de autonomía indígena en los países andinos con una fuerza de trabajo más «tradicional», y otras respuestas en el Cono Sur dentro de una clara perspectiva de estado-nación.

La contribución más significativa de América Latina a una sociología global fue la teoría de la dependencia, el paradigma de la década de 1960, que se hizo conocido en el Norte a través de un proceso de divulgación burdamente simplificado. Como han escrito Cardoso y Faletto en su declaración fundacional sobre la dependencia en Latinoamérica, «el análisis de la dependencia estructural tiene el objetivo de explicar las interrelaciones de las clases y los estados–nación a nivel de la escena internacional, así como también a nivel interno de cada país» (Cardoso y Faletto, 1979: 18; versión original Cardoso y Faletto, 1969). Esta dialéctica se ajusta con la visión de Gramsci de la relación nacional/internacional. En sus propios términos: «¿las relaciones internacionales preceden o siguen (lógicamente) a relaciones sociales fundamentales? No puede haber duda de que las siguen [...] Incluso la posición geográfica de un Estado nacional no precede, sino que sigue (lógicamente) el cambio estructural» (Gramsci, 1971: 176). Esto no significa que los factores externos puedan determinar o incluso explicar un camino de desarrollo nacional dado. En el enfoque de la dependencia latinoamericano (al contrario de muchos de sus divulgadores en el Norte), «la historia de la acumulación de capital es la historia de las luchas de clase» (Cardoso y Faletto, 1979: 18). La creación de movimientos políticos, luchas ideológicas y los procesos de transformación social en curso son factores cruciales en determinar las vías de desarrollo nacionales.

En años recientes, el concepto de «hibridez» ha adquirido una mayor popularidad dentro de América Latina como una categoría de análisis cuyo objetivo es explicar su especificidad. Para García Canclini y otros, la visión maniquea de los teóricos de la dependencia –con sus Primeros y Terceros Mundos– se pierde en el mundo híbrido y más flexible en el que vivimos actualmente. Por ejemplo, «no explica el funcionamiento planetario de un sistema industrial, tecnológico, financiero y cultural cuyos cuarteles generales no están en una única nación sino en una densa red de estructuras económicas e ideológicas» (Canclini, 1995: 229). La economía política cultural transnacional que domina hoy día, los flujos de migrantes y dinero y la densa red de imágenes e información que moldea nuestra comprensión no se acomoda a una explicación simplista en torno a la pertenencia geográfica o política a un Tercer Mundo.

Curiosamente, la forma en que García Canclini expresa la tensión central de América Latina hoy es que estamos entre la promesa del cosmopolitismo global y el fracaso de los proyectos nacionales (Canclini, 2002: 50). La construcción de una nación en el sentido tradicional ya no se considera viable en la era del desarrollo global. Pero el globalismo, a su vez, parece una promesa un tanto vacía cuando reproduce jerarquías y desigualdades apareciendo, así, como la nueva cara del imperialismo. Desde luego, la globalización como la conocemos no produce un mundo libre de racismo, de sexismo y orientado de forma sostenible, cualquiera que sea su propia autoimagen. Lo que crea es un mundo enormemente acelerado donde las interconexiones entre lo local y lo global son mucho más densas de lo que han sido nunca. Vemos por todos lados en este nuevo mundo «ejemplos de hibridación que no reconcilian las fusiones diversas e interculturales que explotan cada día en las grandes ciudades» (Canclini, 2002: 50). La historia de esta glo-

balización híbrida sólo acaba de empezar.

Desde la perspectiva de los estudios culturales globales, América Latina, en ocasiones, ha sido denominada como poscolonial; idea en parte liderada por el grupo de estudios poscoloniales de la India de inspiración gramsciana. John Beverley fue uno de los autores que inició los estudios subalternos en relación con América Latina desde una perspectiva posnacionalista, especialmente tras la desilusión con las revoluciones cubana y nicaragüense. Esta escuela sostiene que las modernizaciones colonial y nacionalista (incluyendo la Marxista) estaban marcadas por un sabor teleológico y estatista. Así, esta perspectiva surgió de los estudios culturales dada la centralidad de la literatura en moldear nuestra comprensión ideológica de la historia de la región. Formó parte del «giro a Gramsci» de finales de la década de 1970, cuando los intelectuales progresistas buscaron salvar algo de las ruinas de sus ilusiones a raíz de la brutal represión de las dictaduras militares.

Sin embargo, argumentaría que ni la categoría posmoderna ni la poscolonial pueden ser utilizadas acríticamente en América Latina. El poscolonialismo, tomado literalmente, puede llevarnos de vuelta a un simple tercermundismo que creó una categoría global basada en pocas cosas en común, aparte del anticolonialismo o el antimperialismo. La colonialidad, como un modo de dominación y un sistema de conocimiento que necesita ser deconstruido, podría ser una propuesta diferente. El sociólogo peruano Aníbal Quijano plasma esta dimensión con su concepto de «colonialidad del poder», visto como un patrón global que aún impregna el orden mundial basado en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población mundial (Quijano, 2008). La descolonización del conocimiento desde la perspectiva de lo subalterno es una tarea tanto en América Latina como en cualquier lugar del mundo anteriormente colonizado.

La crítica de la categoría o marco posmoderno es una tarea controvertida. Así, Reigadas reacciona vehementemente contra lo que considera el irracionalismo iconoclasta del posmodernismo con una pregunta retórica: «¿Por qué deberíamos asumir acríticamente el fin de la historia [...] proclamar la perversión del estado, renunciar a los proyectos colectivos, celebrar el fin de las ideologías y las utopías, declarar que la liberación y el Tercer Mundo son viejos mitos [...] Y disfrutar pasivamente del reino de la incertidumbre?» (Reigadas, 1998: 142). Desde esta perspectiva, el posmodernismo aporta una cobertura ideológica para el neoliberalismo y su intento de hacer retroceder al estado, frustrar los proyectos nacionalistas y promover el individualismo. Aunque sin lugar a duda, esto es parte de la historia, el posmodernismo es también impulsor de los zapatistas como las primeras «guerrillas de la era de la información», su modo de operación en red y su vinculación instintiva de lo local y lo global en un audaz proyecto de transformación social.

Quizás la crítica más severa del posmodernismo en relación con América Latina es que suprime las relaciones desiguales entre el centro y la periferia. Si bien ha sido políticamente favorable a la desestabilización de las categorías dominantes, ha tendido a reabsorber la condición periférica como una inofensiva imagen de la alteridad. Ha actuado como transgresor del saber normalizador pero la tolerancia represiva de la consigna

del «otro» ha impedido que los latinoamericanos formulen sus propios marcos conceptuales. Hay poca duda de que la condición de la posmodernidad es un prisma útil para caracterizar la modernización dependiente y parcial que ha tenido lugar desde la década de 1950. Roger Bartra lo expresa admirablemente cuando sostiene que nos encontramos más allá de la modernidad y el nacionalismo en cierto sentido y que «no tenemos elección salvo enfrentar la posmodernidad del desunido mundo Occidental del cual formamos parte» (Bartra, 2002: 64).

Desde principios del siglo XXI, América Latina ha vivido una primavera política sin precedentes en la profundidad y amplitud de la transformación social progresista. Nuevos paradigmas de cambio social y experimentación política están surgiendo de los que puede decirse que son contribuciones a una nueva sociología global. Lo que significó el enfoque de la dependencia durante la década de 1960, en términos de un paradigma general del desarrollo, así sucede ahora con el concepto del «Sumak Kawsay» (Buen Vivir) —sólo reproducido imperfectamente como «Good Living» o «Living Well» en inglés— que capta bien el filo radical del pensamiento alternativo actual (Acosta, 2010; Radcliffe, 2011). Rompe de forma decisiva con el economicismo de la dependencia y sitúa la cultura en primer plano. En esencia habla de la reproducción extendida de la vida más que de la del capital. Aboga por un modelo civilizador diferente al del individualismo capitalista donde los valores comunitarios y el respeto por la naturaleza son prioritarios. Es un paradigma del desarrollo ahora consagrado en las constituciones de Ecuador y Bolivia y se propaga por toda la región. El «Sumak Kawsay» trabaja bajo la premisa de que hay dos transiciones en marcha en América Latina: una transición relativamente reciente hacia el socialismo, con apenas 100 años de historia, y una transición de larga duración fuera del colonialismo que se remonta al siglo XV. Poner fin a todas las formas de racismo, y una mayor autodeterminación, forman parte de esa larga lucha. De ningún modo niega la relevancia de las formas occidentales de democracia representativa, pero incorpora la necesidad de formas de democracia comunitarias y participativas. A pesar de que esta nueva cosmovisión no se limita a rearticular antiguas prácticas indígenas y está caracterizada por una profunda hibridez, representa un desafío para el eurocentrismo. Articula nuevos principios de producción y propiedad, identidad y subjetividad y, no menos importante, una nueva forma de entender el mundo y de producir conocimiento sobre él.

La filosofía del «Buen Vivir» no solo ofrece un enfoque crítico a la ideología del progreso, también representa una búsqueda de alternativas a las sociedades contemporáneas. Plantea una ruptura con ideologías y prácticas de desarrollo previas, ofreciendo «una oportunidad de construir colectivamente un nuevo régimen de desarrollo» (Acosta, 2010: 39). El «Buen Vivir» reconoce los valores inherentes a la naturaleza y la expresión de culturas y conocimientos indígenas oprimidos o subordinados. En Ecuador, es visto como un conjunto de derechos que incluyen el derecho a la salud, el refugio, la educación, el alimento y el medio ambiente; mientras en Bolivia, supone un principio ético-cultural junto a otros como la dignidad, libertad, solidaridad y reciprocidad. El «Sumak Kawsay» intenta articular las necesidades del desarrollo con criterios ecológicos y promueve una

ética del desarrollo que subordina los objetivos económicos a los criterios ecológicos. Reconoce las diferencias de cultura y género y lucha por nuevas estrategias para asegurar la soberanía alimentaria, el control de los recursos naturales, y el agua como un derecho humano. Lanza a la palestra la importancia de la biopolítica, y su concepción biocéntrica del socialismo representa una crítica tanto del Marxismo como de la teoría de la modernización. Por supuesto, también podemos pensar en el «Buen Vivir» en términos de utopía, siempre parte necesaria de los procesos de transformación social (Ramírez, 2010).

Medio siglo ha transcurrido desde el paradigma de la dependencia latinoamericano de la década de 1960 al paradigma del «Buen Vivir». Ahora podemos observar una vía alternativa en el Sur global para comprender el mundo y practicar una sociología crítica. Ha ocurrido en gran parte fuera del mundo académico y ciertamente no está restringida a la disciplina sociológica. También ha estado excesivamente determinada por la política y ha mantenido una inevitable relación estrecha con los movimientos sociales que evocan sus orígenes en el marxismo y en su relación con el movimiento obrero. La posición de América Latina –sin ser parte del Norte, pero tampoco únicamente poscolonial– la sitúa en un buen lugar para generar nuevas formas de pensamiento del mundo actual. Mi argumento ha sido que una sociología global revitalizada puede comenzar en América Latina, donde la teoría social y política se está involucrando estrechamente con las luchas vitales para crear un nuevo mundo más allá de la dependencia y la opresión.

REFERENCIAS

- Acosta, A. (2010), «El buen vivir en el camino del post–desarrollo», Friederich Ebert Stiftung, Policy Paper No. 9.
- Albrow, M. (1996), *The global age: State and society beyond modernity*, Cambridge: Polity Press.
- Althusser, L., & Balibar, E. (1970), *Reading capital*, London: Verso.
- Arrighi, G., Silver, B., & Brewer, B. (2003), «Industrial convergence, globalization, and the persistence of the north–south divide», *Studies in Comparative International Development*, 38 (1), pp. 3–31.
- Aschroft, B., Griffiths, G., & Tiffin, H. (Eds.) (1995), *The post–colonial studies reader*, London: Routledge.
- Balibar, E. (1995), *The philosophy of Marx*, London: Verso.
- Bartra, R. (2002), *Blood, ink and culture: Miseries and splendors of the post–mexican political condition*, Durham, NC: Duke University Press.
- Benjamin, W. (1969), *Illuminations*, NY: Harcourt Brace Jovanovich.
- Best, J., & Paterson, M. (Eds.) (2010), *Cultural political economy*, New York: Routledge.
- Bhambra, G. (2007), «Sociology and postcolonialism: Another ‘missing’ revolution?» *Sociology*, 41 (5), pp. 871–884.
- Bhambra, G. (2014), *Connected sociologies*, Bloomsbury Academic.
- Bieler, A., Lindberg, I., & Pillay, D. (Eds.) (2008), *Labour and the challenges of globalization*, London: Pluto.
- Bisley, N. (2007), *Rethinking globalization*, Houndmills: Palgrave Macmillan.
- Burawoy, M. (2008), «Rejoinder: For a subaltern sociology», *Current Sociology*, 56 (3), pp. 435–444.
- Calderón, F., Hopenhayn, M., & Ottone, E. (1996), *Esa esquivia modernidad: Desarrollo, ciudadanía y cultura en América Latina y el Caribe*, Caracas: Nueva Sociedad.
- Canclini, N. G. (1995), *Hybrid cultures: Strategies for entering and leaving modernity*, Minneapolis: University Minnesota Press.
- Canclini, N. G. (2002), *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Buenos Aires: Paidós.
- Cardoso, F. H., & Faletto, E. (1969), *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Mexico: Siglo XXI.
- Cardoso, F. H., & Faletto, E. (1979), *Dependency and development in Latin America*, Berkeley: University of California Press.
- Castells, M. (1996), *The information age–Volume I: The rise of network society*, Oxford: Blackwell.
- Castells, M. (1997), *The information age–Volume II: The power of identity*, Oxford: Blackwell.
- Chandhoke, N. (2005), «How global is global civil society?» *Journal of World Systems Research*, 11 (2), pp. 355–371.
- Chernilo, D. (2011), «The critique of methodological nationalism: Theory and history», *Thesis Eleven*, 106 (1), pp. 98–117.
- Coates, D. (2005), *Varieties of capitalism: Varieties of approaches*, London: Palgrave Macmillan.

- Cohen, R., & Kennedy, P. (2000), *Global sociology*, Houndmills: Palgrave Macmillan.
- Cohen, R., & Kennedy, P. (2013), *Global sociology* (3rd ed.), Houndmills: Palgrave Macmillan.
- Connell, R. (2007), *Southern theory. The global dynamics of knowledge in social science*, Cambridge: Polity Press.
- Coronil, F. (2008), Elephants in the Americas? Latin American postcolonial studies and global decolonization, en M. Moraña, E. Dussel, & C. Jáuregui (Eds.), *Coloniality at large: Latin America and the postcolonial debate* (pp. 396–416). Durham: Duke University Press.
- Day, R., & Gaido, D. (2009), *Witnesses to permanent revolution*, Chicago: Haymarket.
- Delaney, D., & Leitner, H. (1997). The political construction of scale. *Political Geography*, 16 (2), pp. 93–97.
- Drainville, A. (2004), *Contesting globalisation: Space and place in the world economy*, London: Routledge.
- Eisenstadt, S. (2000), «Multiple modernities» *Daedalus*, 129 (1), pp. 1–29.
- Escobar, A. (2010), Worlds and knowledges otherwise: The Latin American modernity /coloniality research program, en W. Mignolo & A. Escobar (Eds.), *Globalization and the decolonial option* (pp. 33–64). New York: Routledge.
- Firebaugh, G. (2003), *The new geography of global income inequality*, Cambridge: Harvard University Press.
- Friedman, T. (2005), *The world is flat: A brief history of the twenty-first century*, Farrar, Straus and Giroux
- Fukuyama, F. (1992), *The end of history and the last man*, New York: Free Press.
- Gandhi, L. (1998), *Postcolonial theory: A critical introduction*, New York: Columbia University Press.
- Ghemawat, P. (2007), «Why the world isn't flat», *Foreign Policy*, March–April.
- Gouldner, A. (1970), *The coming crisis of western sociology*, New York: Basic Books.
- Gramsci, A. (1971), *Selections from the prison notebooks*, London: Lawrence and Wishart.
- Grzanka, P. (2014), *Intersectionality: A foundations and frontiers reader*, Boulder: Westview Press.
- Habermas, J. (1985), «A philosophical–political interview», *New Left Review*, I (15).
- Hall, P., & Soskice, D. (2001), *Varieties of capitalism: The institutional framework of comparative advantage*, Oxford: Oxford University Press.
- Hart, G. (2002), *Disabling globalization: Places of power in post-apartheid South Africa*, Berkeley: University of California Press.
- Herod, A. (2001), *Labor geographies: Workers and the landscapes of capitalism*, New York: The Guilford Press.
- Jessop, B., & Sum, N. L. (2010), «Pre-disciplinary and post-disciplinary perspectives», *New Political Economy*, 6 (1), pp. 89–101.
- Kapoor, I. (2008), *The postcolonial politics of development*, London: Routledge.
- Kay, C. (1989), *Latin American theories of development and underdevelopment*, London: Macmillan.

- Lutz, H., Vivar, M. T. H., & Supik, L. (2011), *Framing intersectionality: Debates on a multi-faceted concept in gender studies*, Farnham: Ashgate.
- McEwan, C. (2009), *Postcolonialism and development*, London: Routledge.
- Mezzadra, S. (2011), «How many histories of labour? Towards a theory of postcolonial capitalism», *Postcolonial Studies*, 14 (2), pp. 151–170.
- Mignolo, W., & Escobar, A. (Eds.) (2010), *Globalization and the decolonial option*, London: Routledge.
- Milanović, B. (2011), Global inequality: From class to location, from proletarians to migrants. Policy Research Working Paper 5820. Poverty and Inequality Team: The World Bank.
- Moore, A. (2008), «Rethinking scale as a geographical category: From analysis to practice», *Progress in Human Geography*, 32 (2), pp. 203–225.
- Munck, R. (1999), Labour in the global: Challenges and prospects, en R. Cohen & S. Rai (Eds.), *Social movements in the global age* (pp. 83–100), London: Athlone Press.
- Munck, R. (2002), *Labour and globalisation: A new great transformation?*, London: Zed Book.
- Munck, R. (2006), «Global civil society: Royal road or slippery path», *VOLUNTAS: International Journal of Voluntary and Nonprofit Organizations*, 17, pp. 325–332.
- Munck, R. (2007), *Globalization and contestation: The new great counter-movement*, London: Palgrave.
- Munck, R. (2013a), *Rethinking Latin America: Development, hegemony and social transformation*, New York: Palgrave Macmillan.
- Munck, R. (2013b), «The precariat: A view from the South», *Third World Quarterly*, 34(5), pp. 747–762.
- Patel, S. (Ed.) (2010), *The ISA handbook of diverse sociological traditions*, London: Sage Publications.
- Patel, S. (Ed.) (2014), «Afterword: Doing global sociology: Issues, problems and challenges», *Current Sociology*, 62 (4), pp. 603–613.
- Phillips, A. (1992), Universal pretensions in political thought, en M. Barrett & A. Phillips (Eds.), *Destabilizing theory: Contemporary feminist debates*, Cambridge: Polity Press.
- Quijano, A. (2008), Coloniality of power, eurocentrism and social classification, en M. Moraña, E. Dussel, & C. Jáuregui (Eds.), *Coloniality at large: Latin America and the postcolonial debate* (pp. 181–224). Durham: Duke University Press.
- Radcliffe, S. (2011), «Development for a postneoliberal era? Sumak kawsay, living well and the limits to decolonization in Ecuador», *Geoforum*, 43 (2), pp. 240–249.
- Ramirez, R. (2010), *Socialismo del sumak kawsay o biosocialismo republicano. En Los nuevos retos de América Latina: Socialismo y Sumak Kawsay*, Quito: SENPLADES.
- Reed, I. A. (2013), Theoretical labors necessary for a global sociology: Critique of Raewyn Connell's Southern Theory, en J. Go (Ed.), *Decentering social theory* (pp. 157–171). Bingley: Emerald Group Publishing Limited.
- Reigadas, M. C. (1998), Neomodernidad y posmodernidad: Preguntando desde América Latina, en E. Marí (Ed.), *Posmodernidad*, Biblio Editores: Buenos Aires.

- Robinson, W. (2011), Globalization and the sociology of Immanuel Wallerstein: A critical appraisal, *International Sociology*, 26 (6), pp. 723–745.
- Romero, M., & Margolis, E. (Eds.) (2005), *The Blackwell companion on social inequalities*, Oxford: Blackwell.
- Said, E. (2002), A conversation with Neeladri Bhattacharya, Suvir Kaul, and Ania Loomba, en T. Goldberg & A. Quayson (Eds.), *Relocating postcolonialism* (pp. 1–14). Oxford: Blackwell.
- Schmidt, V. (2006), «Multiple modernities or varieties of modernity?», *Current Sociology*, 54 (1), pp. 77–97.
- Silver, B. (2003), *Forces of labor: Workers' movements and globalization since 1870*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Sklair, L. (2001), *Globalization: Capitalism and its alternatives*, Oxford: Oxford University Press.
- Sklair, L. (2002), *Sociology of the global system*, Harvester: Hemel Hempstead.
- Smart, B. (2003), *Economy, culture, and society: A sociological critique of neoliberalism*, Buckingham: Open University Press.
- Smith, N. (1984), *Uneven development: Nature, capital and the production of space*, Oxford: Basil Blackwell.
- Stavis, D., & Boswell, T. (2008), *Globalization and labor: Democratizing global governance*, Lanham: Rowman and Littlefield.
- Stiglitz, J. (2006), *Making globalization work*, New York: Norton.
- Sum, N. G., & Jessop, B. (2014), *Towards a cultural political economy*, London: Edward Elgar.
- Therborn, G. (1976), *Science, class and society: On the formation of sociology and historical materialism*, London: Verso.
- Urry, J. (2003), *Global complexity*, Cambridge: Polity.
- Wallerstein, I. (1979), *The capitalist world–economy*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Wallerstein, I. (1996), *Open the social sciences. Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences*, Stanford: Stanford University Press.
- Wallerstein, I. (2004), *World–systems analysis: An introduction*, Durham: Duke University Press.
- Webster, E., Lambert, R., & Bezuidenhout, A. (2008), *Grounding globalization: Labour in the age of insecurity*, Oxford: Blackwell.
- Williams, P., & Chrisman, L. (Eds.) (1994), *Colonial discourse and post–colonial theory: A reader*, New York: Columbia University Press.
- Wimmer, A., & Schiller, G. (2002), Methodological nationalism and beyond: Nation–state building, migration and the social sciences. *Global Networks*, 2 (4), pp. 301–334.
- World Bank. (2000), *World development report 2000–2001: Attacking poverty*. Washington DC: World Bank.